

JULIUS KAKARIEKA

LA RAZON Y EL MITO EN LA
DOCTRINA DE MAQUIAVELO

(El concepto de la Virtù y la Fortuna)

NICOLÁS Maquiavelo escribió sus obras principales cuando se hallaba relegado en su pequeña finca de San Casciano. Maldiciendo su mala suerte y añorando el día en que pudiese volver nuevamente a la política activa, el ex canciller de Florencia dedicó su tiempo de ocio a largas meditaciones sobre las incesantes vicisitudes de la vida política y sobre la naturaleza misma del Estado. Entusiasmado por los autores de la Antigüedad clásica y rememorando su propia experiencia de los negocios del mundo, Maquiavelo creyó poder descubrir las leyes básicas que rigen los destinos de las comunidades políticas y que deciden la ventura de sus gobernantes.

La política constituía para él una especie de juego; complicado, peligroso, lleno de infinitas sorpresas. Sin embargo, un conocimiento más íntimo de la naturaleza humana (así estaba convencido) podría ayudarnos a penetrar en sus arcanos, a desenredar sus hilos más ocultos. Como una especie de clave para esta tarea, podría servirnos un análisis minucioso de los impulsos, pasiones y necesidades humanas; pero no un análisis abstracto, filosófico, sino uno que fuese hecho a base de situaciones históricas concretas, a base de los ejemplos antiguos o los de palpitante actualidad. Para aquellos que consiguieran dominar las reglas del gran juego se abrirían vastas perspectivas de acción y de éxito, tratase de los individuos o de las comunidades enteras. Con la mirada de un esteta, se deleitaba el político florentino ante las innumerables posibilidades que se presentaban ante su imaginación; posibilidades de construir Estados sólidos y poderosos que desafiaran el tiempo y la fragilidad humana (a modo de la República romana o de los grandes reinos del Cercano Oriente).

Como se ha señalado tantas veces, el ámbito en que se desenvuelve el pensamiento de Maquiavelo está desvinculado por completo de la Revelación cristiana y de los fines trascendentes del hombre. Aquí,

en este mundo, radican y se agotan todas las posibilidades de felicidad y grandeza humanas. Y el modo más perfecto de llegar a satisfacer esas aspiraciones, siempre renacientes en el hombre, se lo brinda el Estado en un máximo despliegue de su potencialidad. Estamos en presencia de un pensamiento enteramente secularizado, que nos trae algunas reminiscencias de la Ilustración helénica y que anticipa, a grandes trazos, a la Ilustración europea de los siglos siguientes.

El Estado es para Maquiavelo una creación natural de dos elementos: la naturaleza y la historia. Sin embargo, no todas las fuerzas que se manifiestan en la naturaleza o en la historia son inteligibles para la razón humana. Algunas de ellas, y tal vez las más poderosas, escapan a toda comprensión y a todo cálculo; son enteramente irracionales y sólo pueden ser expresadas en forma de mito.

En los azares y vicisitudes de la lucha política percibe Maquiavelo, sobre todo, dos fuerzas de esta clase: *Virtù* y *Fortuna*.

Este mito revela una inspiración marcadamente clásica; es, en buena parte, un fruto de las apasionadas lecturas de Polibio, Tito Livio y otros autores de la Antigüedad. Los conceptos tales como *Areté* y *Tyché* o *Virtus* y *Fortuna*, que se emplean allí con mucha frecuencia para caracterizar a los personajes históricos o para explicar los giros extraños de los acontecimientos, constituyen para Maquiavelo una verdadera revelación. Sin embargo, su pensamiento sigue una trayectoria propia y se nutre, principalmente, de la experiencia personal y directa de la realidad política de sus días. Todos los fenómenos que observa, e incluso los que recoge de sus lecturas, los sitúa dentro de una perspectiva peculiar suya, determinada por las inquietudes y esperanzas del momento histórico que está viviendo.

El mito de la *Virtù* y la *Fortuna* arranca, en el fondo, de un profundo desengaño. Cada vez que trataba de comparar la situación de la Italia de su tiempo con su glorioso pasado en la Antigüedad, sentía el pensador florentino un contraste terrible, doloroso: por un lado, la desunión, la corrupción y la impotencia política de los pequeños Estados italianos, y por el otro lado, la disciplina, el orden y el extraordinario vigor expansivo de la República romana; cosas verdaderamente incomparables.

“Quien nace en Italia o en Grecia —declara— y no llega a ser en Italia ultramontano o en Grecia turco, motivos tiene para quejarse de esos tiempos y preferir los antiguos, porque en los antiguos hay muchas cosas que le maravillan y en los actuales nada le compensa de tan gran miseria, infamia y vituperio; porque ni se practica la religión, ni se cumplen las leyes, ni se observa la ordenanza militar; man-

chando todas las conciencias los vicios más repugnantes, vicios tanto más detestables cuanto que sobresalen en los que forman los tribunales, o ejercen la autoridad, o pretenden ser adorados”¹.

Para la explicación del fenómeno creó la fantasía de Maquiavelo el concepto de la *Virtù*; concepto de una fuerza misteriosa e imponderable que mueve y anima la vida política de las naciones.

Virtù es difícil de traducir por la amplitud de su significado. No es virtud en el sentido corriente, ni tampoco en el sentido ético de la palabra. *Virtù* es más bien una energía, una fuerza dinámica, una potestad de obrar. Ella se caracteriza por el anhelo del poder y de la grandeza y por la firme voluntad de sobreponerse a cualquier circunstancia adversa. Los individuos y los pueblos animados por esta noble sustancia son, por lo general, valientes y tenaces, capaces de emprender vastas acciones y aportar grandes sacrificios.

En la *Virtù* maquiavélica, hay indudablemente algo de la *Areté* griega (destreza, habilidad, riqueza del ingenio) y también de la *Virtus* romana (valor militar); mas su núcleo es de carácter eminentemente político: contiene todos los elementos que nuestro autor estima como indispensables para una acción estatal de mayor envergadura.

La *Virtù*, este precioso don de la naturaleza, está repartida por toda la tierra, al igual que los demás talentos, y su cantidad queda siempre la misma. El secreto más grande de la Historia universal es su continua migración, en la cual podemos distinguir dos tendencias opuestas: la de concentración y la de dispersión. Donde se acumula una mayor cantidad de *Virtù*, llegan los pueblos al estado de grandeza; donde, en cambio, ella se pulveriza y se desvanece, presenciamos la degeneración y decadencia.

En la Antigüedad, la *Virtù* solía concentrarse en un solo pueblo que alcanzaba por entonces el predominio sobre los demás. En la Edad Media, en cambio, ella se ha esparcido entre muchos reinos. Algunos de éstos llegaron también a ser poderosos, pero no podrían en ningún caso compararse con los florecientes imperios antiguos.

“Así se advierte —leemos en los “Discursos”— por las noticias que de los antiguos reinos tenemos, los cuales sufrieron cambios por la variación de las costumbres, continuando el mundo lo mismo. La diferencia consistía en que las virtudes existentes al principio en Asiria pasaron a la Media y después a Persia, de donde vinieron a Italia y Roma; y si al Imperio romano no siguió ningún otro que fuera duradero y en el cual el mundo concentrara las virtudes, en cambio se

distribuyeron éstas entre muchos pueblos que llegaron a un estado floreciente”².

Aunque la *Virtù* es una fuerza elemental y libre, su desenvolvimiento completo depende de los esfuerzos conscientes que despliega el hombre por cultivarla, es decir: convertirla de su estado primitivo y feroz en una *Virtù ordinata*, en un afán del poder y un civismo inteligentes y responsables. Para ello sirven las leyes del Estado, la religión y la disciplina militar³.

En cuanto a la importancia de las leyes y del servicio militar, el planteamiento de Maquiavelo no presenta dificultades. Lo que podría extrañarnos es, tal vez, el papel que asigna a la religión como fuerza normativa de la *virtù*. Nuestro autor, como justamente observa Ernst Cassirer, “nunca tuvo la intención de separar la política de la religión. Era un adversario de la Iglesia, pero no un enemigo de la religión. Por el contrario, estaba convencido de que la religión es uno de los elementos necesarios de la vida social del hombre”⁴.

Maquiavelo creía que la ayuda de la religión es indispensable para mantener en un pueblo la pureza de las costumbres y la moral. “Los príncipes y las repúblicas —dice— que quieran vivir sin que se corrompan las costumbres, deben cuidar, ante todo, de la pureza de la religión y sus ceremonias, y de que siempre sean veneradas, porque el indicio más seguro de la ruina de un Estado es ver despreciado en él el culto divino”⁵.

Como uno de los mayores beneficios que la religión aporta a la vida política, destaca el pensador florentino su eficacia para inculcar en los hombres el respeto de las leyes y de las instituciones sociales. Esto facilita enormemente la acción gubernativa y es, a la vez, la fuente principal de toda prosperidad y grandeza de un pueblo. El ejemplo más elocuente es el de la Roma republicana: “Durante muchos siglos, en ninguna parte, como en aquella república, hubo tanto temor a los dioses, temor que facilitó la ejecución de muchas empresas proyectadas por el Senado y por aquellos grandes hombres. Quien examine los hechos del pueblo romano en general, y de muchos romanos en particular, observará que aquellos ciudadanos temían más faltar a sus juramentos que a las leyes, como todos los que tienen en más el poder de Dios que el de los hombres”⁶.

La creencia en un poder sobrenatural que penetra hasta las profundidades mismas de la conciencia humana, viene a complementar, de un modo muy eficaz, a la legislación política. Esta afecta solamente los actos externos; en cambio, los mandamientos divinos controlan el interior del hombre, sus pensamientos y sus deseos.

A Maquiavelo no le importa si la religión es verdadera o falsa⁷, con tal que produzca efectos saludables en la vida política. En este sistema, desde luego, la religión no guarda ya ninguna relación con el orden trascendente de las cosas, no puede aspirar a una verdad absoluta, a una posición independiente y dogmática; es simplemente un "instrumentum regni".

Empleando este criterio, las religiones paganas de la Antigüedad podrían ser consideradas mucho más aceptables que el cristianismo. Porque siendo éste una religión esencialmente universal y trascendente, se desvincula de los intereses del Estado y de la lucha por el poder y busca, por encima de todo, el bien del alma. Aquellas, en cambio, estaban íntimamente ligadas a la existencia de la Polis; eran religiones netamente nacionales que glorificaban el heroísmo y atribuían a las virtudes cívicas un carácter eminentemente sagrado. En ello percibe Maquiavelo un estímulo inapreciable para la acción, para magnas hazañas políticas y militares. He aquí un extenso pasaje en que Maquiavelo revela claramente su posición frente a la religión: "Enseñando nuestra religión la verdad y el verdadero camino, hace que se tengan en poco las honras de este mundo; pero los gentiles, estimándolas y considerándolas como el verdadero bien, aspiraban a ellas con el mayor vigor y energía... La religión pagana sólo deificaba a los hombres llenos de gloria mundana como los generales de los ejércitos y jefes de las repúblicas, y la nuestra ha santificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los de enérgica actividad. Además, coloca el supremo bien en la humildad, en la abnegación, en el desprecio de las cosas humanas, mientras la pagana lo ponía en la grandeza del ánimo, en la robustez del cuerpo y en cuanto podía contribuir a hacer a los hombres fortísimos. La fortaleza de alma que nuestra religión exige es para sufrir pacientemente los infortunios, no para acometer grandes acciones"⁸.

En las palabras que acabamos de citar, podemos ver, con toda claridad, lo que significa la *virtù* maquiavélica. Ni siquiera el sentimiento religioso del hombre escapa a su tremendo arrebató.

Refiriéndose a su patria, Maquiavelo lamenta no tanto la falta de la *Virtù* misma, como la falta de los esfuerzos por cultivarla y enderezarla hacia metas políticas más elevadas; lo que, en su opinión, se debe al descuido y a la molicie de sus dirigentes. "Porque si bien hay virtud grande en los miembros —dice— faltan las cabezas. En desafíos y contiendas entre pocos, la superioridad de los italianos en fuerza, destreza e ingenio es notoria; pero formando ejércitos para poco o nada sirven, lo cual es culpa de los jefes"⁹.

Al pensador florentino no le cabe ninguna duda de que la *Virtù* existe todavía en el pueblo italiano, al igual que en otros pueblos "nacidos de las ruinas del Imperio romano"¹⁰. Desde luego, su cantidad ha disminuido considerablemente y el resto está cubierto por los escombros de la decadencia moral del país; pero esta *Virtù* puede resucitar un día y arrastrar al pueblo a grandes hazañas. Al finalizar el último capítulo de *El Príncipe*, en que exhorta a los italianos a sacudir la dominación extranjera, Maquiavelo cita, lleno de emoción, las palabras de un famoso poema de Petrarca:

Virtù contro a furore
Prendera l'arme; e fia el combater corto;
Ché L'antico valore
Negl 'italici cor non è ancora morto.

Para conseguir este objetivo, sería necesario, desde luego, ejecutar previamente una serie de reformas fundamentales en la organización política de la nación; en primer término, lograr su unificación en un solo Estado, como había sucedido en Francia o España.

Otro factor que ayuda a desplegar la *Virtù* es la *necesità*, la fuerza de las cosas. "A muchos actos —observa Maquiavelo— induce, no la razón sino la necesidad"¹¹. "Y se sabe que la virtud tiene mayor imperio donde se trabaja más por precisión que voluntariamente"¹².

Sólo esta *Necesità*, este cúmulo de circunstancias apremiantes que se presentan en la vida del hombre, es capaz de despertar en él todas sus energías y desenvolver todas sus aptitudes. Siguiendo la antigua tradición filosófica que se inicia con Demócrito, declara nuestro autor: "Acertadamente han escrito algunos filósofos moralistas que las manos y la lengua de los hombres, dos nobilísimos instrumentos para enaltecer la raza humana, no hubieran obrado bien, ni producido la grandeza a que han llegado los actos humanos, sino obligados por la necesidad"¹³.

En la vida de los pueblos, son, por lo general, las tensiones internas, pugnas entre distintos grupos sociales o las guerras con las potencias extranjeras, las que conducen al máximo despliegue de su *Virtù*¹⁴. Maquiavelo no sólo no condena la guerra, sino que la considera hasta cierto punto deseable, como la mejor ocasión para poner a prueba el valor de los hombres.

A juicio de Meinecke, la *Virtù* y la *Necesità* se dan en él (Maquiavelo) casi en la misma relación que establece la filosofía moderna entre la esfera de los valores y la conexión causal, la que proporciona

los medios y la posibilidad para la realización de aquellos. Si la *Virtù* es la fuerza viviente de los hombres, la que crea y conserva los Estados confiriéndoles su sentido e importancia, la *Necesità* es la constricción causal, el instrumento apto para plasmar la masa inerte en la forma requerida por la *Virtù*"¹⁵.

Con todo, el conocimiento de la historia como asimismo su experiencia personal de los negocios humanos le enseñaban a Maquiavelo, de un modo muy elocuente, de que en las cosas de este mundo no existe ninguna seguridad ni constancia; que los planes más sagaces y el esfuerzo más tenaz pueden quedar frustrados por alguna circunstancia imprevista; y que ni siquiera los talentos más grandes son capaces de librarse del fracaso cuando, súbita e inesperadamente, el curso de los acontecimientos toma un giro adverso. El mundo en que vivimos es un mundo irregular y caprichoso, que desafía continuamente los esfuerzos que hacemos por conocer sus secretos o controlar su marcha.

Para definir este aspecto oscuro y desconcertante de la historia, introduce Maquiavelo en su sistema otro concepto mítico: el de la Fortuna. Desde luego, la Fortuna no es para él una divinidad, tal como la concebía la época helenística, sino una fuerza cósmica, ciega e incoherente, que ejerce sin cesar una influencia perturbadora sobre la vida humana.

Wilhel Waetzold, en su reciente análisis, resume en los siguientes términos el significado de la Fortuna maquiavélica: "Estrechamente comprendida, la Fortuna significa suerte; vista desde un ángulo más amplio, es todo lo imprevisible e incalculable del destino; en el sentido más amplio aún, es la hora de los astros"¹⁶.

Si bien es verdad que Maquiavelo no es explícito respecto a las influencias astrales, sin embargo, es un hecho indudable de que él también, al igual que la mayoría de los espíritus renacentistas, había experimentado el hechizo que la astrología ejercía sobre su época. He aquí un pasaje que nos puede dar cierta pauta al respecto: "Los hombres que viven ordinariamente en la mayor prosperidad o en la mayor desenvoltura merecen menos de lo que se cree alabanzas o censuras. La mayoría de las veces se les verá caer en la desgracia o ascender a la mayor fortuna impulsados por una fuerza superior a ellos, que procede del cielo y que les da o les quita la ocasión de mostrar su virtud"¹⁷.

Con todo, Maquiavelo no acepta un fatalismo absoluto; no está dispuesto a someterse al destino sin lucha, aunque desesperada. Su instinto le dicta que la Fortuna no decide todos los actos humanos;

que domina sólo la mitad o un poco más¹⁸. Todo lo demás depende de nuestra propia voluntad, de nuestra *Virtù*. La época tiene un dicho muy sugestivo y de inspiración típicamente renacentista: "Vir sapiens dominabitur astris". La Fortuna demuestra su poder, sobre todo, "cuando no hay virtud ordenada que la resista, y con mayor ímpetu donde se sabe que no hay reparo alguno para contrarrestarla"¹⁹.

En *El Príncipe*, dedica Maquiavelo un capítulo entero (xxv) para enseñarnos cómo se debe luchar contra la Fortuna cuando ella se torna hostil. Hay, según él, dos formas de lucha: "unos luchan con discernimiento, otros sin meditación; unos apelando a la violencia otros a la astucia; éstos con calma, aquéllos con impaciencia". Sin embargo, sería difícil decidir qué conducta conviene más a los hombres, porque "suele verse que de dos que siguen la misma vía, uno consigue su objeto y el otro no: y que, uno con calma y arrebatadamente otro, alcanzan de igual modo su propósito". El hombre debe poseer la inteligencia necesaria para conocer "la condición de los tiempos" (*qualità de'tempi*) y, consecuentemente, adaptar a ellos su modo de proceder. "Porque hay tiempos en que las precauciones y la prudencia son buenas, y el príncipe que usa de ellas le aprovechan; pero si los tiempos cambian y él no varía de conducta, se arruina".

Nuestro autor se da perfecta cuenta de las dificultades que presenta para el hombre el cambio de conducta. Muchas veces, ello es absolutamente imposible. "Ningún hombre —dice— por prudente que sea, sabe acomodarse a estas variaciones, bien porque no puede prescindir de sus naturales inclinaciones, bien porque, habiéndole sido siempre provechoso un procedimiento no se convenza de que le conviene abandonarlo... Si se pudiera cambiar de naturaleza como cambian los tiempos, no se variaría de fortuna"²⁰.

De ahí una conclusión muy importante acerca de la conveniencia de adoptar, en la vida estatal, la forma republicana de gobierno. Esta forma ofrece, precisamente, la más amplia posibilidad de disponer, para los fines políticos, de todos los talentos y fuerzas creadoras que nacen en un pueblo. "Si basta —dice Maquiavelo— la sucesión de dos grandes príncipes para conquistar el mundo, cual sucedió con Filipo de Macedonia y Alejandro Magno, lo mismo debe hacer una República, teniendo en su mano elegir no dos, sino infinitos hombres de genio que sucedan unos a otros en el poder; cosa que ocurrirá en toda República bien constituida"²¹.

Aún más: el régimen republicano no sólo disfruta de esta abundancia de talentos, sino también de la libertad de escogerlos y cambiarlos conforme a las exigencias del momento histórico. La República

romana podía sentirse feliz, afirma, de poseer en las horas decisivas de su historia no sólo a un Escipión Africano, sino también a un Fabio Máximo Cunctator; es decir, hombres que por su temperamento y sus aptitudes respondían, cada cual, de la mejor manera a las exigencias específicas que la situación respectiva imponía.

Por esta razón, atribuye nuestro autor a las repúblicas incomparablemente más ventajas que a las monarquías: "las repúblicas tienen más vida y mejor, y más duradera fortuna que las monarquías, pues pueden acomodarse, a causa de la variedad de genios de sus ciudadanos, a la diversidad de los tiempos, cosa imposible para un príncipe; porque un hombre acostumbrado a proceder de cierto modo, no cambia de costumbres, según he dicho, y, cuando los tiempos varían en sentido contrario a sus procedimientos, por necesidad sucumbe"²².

Sin embargo, cuando una república se corrompe, cuando decae la *Virtù* de sus ciudadanos, el principado se hace indispensable; desde luego, no para perpetuarse, sino para realizar las reformas que el organismo político de la nación exige.

Maquiavelo cree en la posibilidad de regenerar la *Virtù* decaída, siempre que ésta muestre alguna vitalidad; cree que mediante esfuerzos titánicos se puede eliminar del campo político la podredumbre que lo cubre, y crear así condiciones para un nuevo florecimiento de la República. Pero esta gran tarea de regeneración nacional debe asumirla un solo hombre. Como en los comienzos de la vida política aparece una sola persona que ejerce el mando y da al pueblo un conjunto de leyes, así también debe ser el reformador. "Es indispensable —dice el autor— que de uno solo dependa el plan de organización y la forma de realizarla... Una reunión de hombres no es apropiada para organizar un régimen de gobierno, porque la diversidad de las opiniones impide conocer lo más útil"²³.

En una situación crítica, en que hay que poner fin al desborde de las pasiones, corregir las leyes y levantar la moral del pueblo, son necesarias facultades extraordinarias, un poder dictatorial. Sin embargo, Maquiavelo no se detiene allí, su viva imaginación lo arrastra mucho más lejos. La reforma que debe emprender su hombre providencial constituye, en el fondo, una lucha contra la mala Fortuna, con el propósito de arrancarle a ésta su poder omnímodo sobre los hombres²⁴. Se trata de una lucha verdaderamente sobrehumana. Para ganarla, dispensa Maquiavelo a su príncipe-reformador de cualquier consideración de los medios. Todos ellos son buenos y justos, cuando sirven a sus fines.

En este empeño, noble y grandioso, debe "el nuevo príncipe" reunir

en sí dos naturalezas: la del hombre y la de la bestia, porque necesita emplear medios humanos y bestiales a la vez²⁵. Además, debe proceder con la fuerza y con la astucia, es decir, ser a la vez león y zorro: "zorro para conocer las trampas, y león para asustar a los lobos". No debe detenerse tampoco, cuando las circunstancias le obligan a "hacer algo contrario a la lealtad, a la clemencia, a la bondad o a la religión"²⁶.

Como complemento falsa considera Maquiavelo la idea de levantar al pueblo por medio de una renovación interior, espiritual, como lo enseña la religión cristiana. De este modo, no se lograría nada. ¿Quién convencerá a los hombres, entregados a sus pasiones e intereses egoístas, cuando ellos no sienten temor alguno? Esta es la razón por qué los reformadores que confían sólo en el poder de los valores espirituales, nunca realizan sus fines. Ellos son sobre-hombres: "profetas sin armas". Uno de ellos fue Savonarola, su compatriota florentino, que terminó lamentablemente en el cadalso.

Frente a Savonarola, coloca Maquiavelo a otro contemporáneo suyo: Cesare Borgia, a quien conoció más de cerca y admiró profundamente durante sus misiones diplomáticas. Aunque éste también fracasó en su empresa, su demoníaca figura, no obstante, adquiere en las visiones del desterrado ex canciller la grandiosidad de un héroe. Al decir verdad, Cesare no es su modelo ideal, como podrían serlo los grandes libertadores mitológicos de la Antigüedad (Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo, etc.); pero su valor personal, su audacia y, sobre todo, sus magistrales métodos de acción revelan en él la existencia de la *Virtù*, de la misma *Virtù* indomable en cuya abundancia vivía la antigua Roma. El que fuera frustrado un talento político tan brillante como Borgia, no se debió, en el sentir de Maquiavelo, a otra causa "sino a la extrema malignidad de la Fortuna"²⁷.

El príncipe ideal que cautiva la imaginación de Maquiavelo en sus noches de insomnio, en San Casciano, es una figura enteramente renacentista, como si fuera una de esas hercúleas estatuas de mármol esculpidas por Miguel Ángel. De manera que los procedimientos que este príncipe adoptará en su acción, serán, por lo general, enérgicos y audaces: "Entiendo —concluye nuestro autor en *El Príncipe*— que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y, para tenerla dominada, hay que tratarla sin miramientos, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga, y no quien la respeta. Como mujer, es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces"²⁸.

En este pasaje se siente una gran dosis de optimismo. En otros, en cambio, no lo hay tanto. Algunas veces se oye, incluso, el bajo tono

de la resignación. El pasaje que resume, de la mejor manera, el sentido de la Fortuna maquiavélica, se encuentra en el siguiente pasaje de los "Discursos": "Afirmo una vez más ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia que los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla; pueden tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse a ella, porque ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte"²⁹.

Para Maquiavelo todo el contenido de la historia humana se vacía en esta tremenda lucha contra la Fortuna, la que, en el fondo, no es otra cosa que una pugna permanente entre la *Virtù* y la Fortuna, entre estas dos energías vivas. Si alguien no está dispuesto a luchar empleando todos los medios que estén a su alcance, incluso los más inhumanos, o si se cansa en el combate y se abandona a la suerte, quedará aplastado sin misericordia alguna. Este es el destino que aguarda tanto a los individuos como también a los pueblos.

La lucha es un principio universal de la existencia terrena (en realidad, la única clase de existencia que le interesa a Maquiavelo). Y este principio es válido hasta tal punto que ni siquiera la fortuna más próspera es capaz de poner un fin a esta lucha, asegurándole al hombre la quietud y el sosiego. Vivir significa luchar incesantemente. La lucha viene a llenar los tremendos vacíos que se abren de continuo en el alma humana. "En efecto —afirma Maquiavelo— cuando los hombres no combaten por necesidad, combaten por ambición, la cual es tan poderosa en el alma humana, que jamás la abandona, cualquiera sea el rango a que el ambicioso llegue. Causa de esto es haber creado la naturaleza al hombre de tal suerte, que todo lo puede desear y no todo conseguir; de modo que, siendo mayor siempre el deseo y los medios de lograrlo, lo poseído ni satisface el ánimo, ni detiene las aspiraciones"³⁰.

El gran drama terreno que se despliega aquí, ante nuestra mirada, tiene en sí algo lúgubre y fatal. No se vislumbra en su transfondo, ningún designio superior que pudiera darles a las ciegas fuerzas en pugna algún sentido más elevado y más espiritual.

Como certeramente ha señalado Carlo Schmid en su brillante ensayo sobre Maquiavelo³¹, la imagen del hombre que ve nuestro autor en el espejo de la historia es, esencialmente, la misma que presentará más tarde el poeta inglés Christopher Marlowe en su "Tamburlaine":

Tamerlán emprende la conquista del mundo. Para su ambición no existen límites ni impedimentos. Aunque nacido en condiciones hu-

mildes, él logró subir a las alturas vertiginosas porque obedeció siempre a una misma ley: la ley del poder. ¿Qué es Dios para él? Las coronas valen mucho más.

*“Our souls, whose faculties can comprehend
The wondrous architecture of the world,
And measure every wandering planet’s course,
Still climbing after knowledge infinite,
And always moving as the restless spheres,
Will us to wear ourselves, and never rest,
Until we reach the ripest fruit of all,
The perfect bliss and sole felicity,
The sweet fruition of an earthly crown”.*

(Nuestras almas, cuyas facultades pueden comprender la maravillosa arquitectura del mundo y medir el curso de los planetas vagabundos, siempre ascendiendo en pos del saber infinito, y siempre en movimiento como los cuerpos celestes, quieren que nos gastemos y no nos concedamos reposo hasta alcanzar el fruto más maduro, la bienaventuranza perfecta y la única felicidad, la dulce fruición de una corona terrenal.)

Hasta que no se apodere de todas las coronas del mundo, Tamerlán no quedará satisfecho. Así se lanza a las conquistas, cada vez más vastas y audaces, que sólo excitan su sangre, pero que no pueden calmarla. Sin embargo, Tamerlán tiene una herida que sangra: el amor. El amor no se aviene con el poder. Su amada dulce Zenócrata perturba todavía, como una leve sombra, a la helada grandeza de su inmensa soledad. Y cuando ella muere, cae la última traba. Ahora, Tamerlán se convence por completo que el mundo significa más que el reino de los cielos. El que se mofaba de Dios, ahora lo reconoce, pero no para adorarlo, sino para ser su azote en la tierra.

Sentado en una carroza que arrastran los reyes cautivos, recorre el conquistador del mundo su creciente imperio, cuyos confines, sin embargo, no podrá alcanzar; no porque fallara su fuerza o su ingenio, sino porque lo abatirá, al igual que a Cesare Borgia, la enfermedad. Fortuna. . .

No hay otra ley, en un mundo como este, que el indomable afán del poder y los caprichos de la mudable Fortuna.

NOTAS

¹“Discursos sobre la primera década de Tito Livio”, L. II, Prólogo. Fue utilizada la traducción castellana de Luis Navarro en: Maquiavelo, “Obras Políticas”, Buenos Aires, El Ateneo, 1952.

²Loc. cit.

³Loc. cit.

⁴Ernst Cassirer, “El mito del Estado”, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, p. 165.

⁵“Discursos”, I, 12.

⁶Ibid., I, 11.

⁷Ibid., I, 12.

⁸Ibid., ..., 12.

⁹“El Príncipe”, 26. Fue utilizada la traducción de Luis A. Arocena en: Maquiavelo, “El Príncipe”, edición bilingüe, Universidad de Puerto Rico, Revista de Occidente, Madrid, 1955.

¹⁰“Discursos”, II, Prólogo.

¹¹Ibid., I, 6.

¹²Ibid., I, 1.

¹³Ibid., ..., 12.

¹⁴Ibid., I, 6; III, 12.

¹⁵Friedrich Meinecke “Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte”, 3 ed. München, R. Oldenbourg, 1929, p. 58.

¹⁶Wilhelm Waetzold “Niccolò Machiavelli”, München, 1943, p. 138.

¹⁷“Discursos”, II, 29.

¹⁸“El Príncipe”, 25.

¹⁹Loc. cit.

²⁰Loc. cit.

²¹“Discursos”, I, 20.

²²Ibid., III, 9.

²³Ibid., I, 9.

²⁴Ibid., II, 30.

²⁵“El Príncipe”, 18.

²⁶Loc. cit.

²⁷Ibid., 7.

²⁸Ibid., 25.

²⁹“Discursos”, II, 29.

³⁰Ibid., I, 37.

³¹Carlos Schmid, “Machiavelli”, en: “Grosse Geschichtsdenker” (obra colectiva), Tübingen, Wunderlich, 1949, p. 127.